

mentos publicados entonces no ofrecen prueba terminante ni en favor de lo uno ni de lo otro; pero ya vimos que la oferta se hizo en Bogotá, y sin ella sería fácil colegir de la posición de los dos generales lo que probablemente pasara. La situación de Herrán era desesperada, sus tropas se acababan á ojos vistas, los guerrilleros lo acosaban casi hasta cortar su comunicación con el Gobierno, y le era de absoluta necesidad al replegarse al norte no perder el terreno que ocupaba, ni dejar libre la puerta á los auxilios que del Ecuador podían recibir los facciosos. Para esto no tenía otro recurso que empeñar á Flores en su causa; puesto en este trance, exageró notablemente la pujanza de Obando, y pintó con colores recargados los peligros que amenazaban al Ecuador. Flores por su parte estaba alerta para asir cualquier ocasión de adelantar sus proyectos, é imaginando la posible disolución de la Nueva Granada, ansiaba cuanto antes poner el pie firme en la parte que se tenía señalada; y esta oportunidad le fue tanto más preciosa, cuanto en los riesgos que le decían amagaban á su patria, tenía con qué escudarse de todo cargo ante las naciones extranjeras. Ahora, entre dos que quieren una misma cosa, es obra de un paso ponerse de acuerdo, sin que al cabo pueda decirse cuál fue el solicitado ó el solicitador. Como quiera que ello sea, Flores no tenía ni motivo, ni voluntad de servir de balde á la Nueva Granada, y puso todo su cuidado en sacar desde el primer momento prendas para asegurar el logro de sus más acariciados ensue-

ños. Dióselas el general Herrán, que persuadido acaso por los desastres que tenía ante los ojos, de que la provincia de Pasto era como un cáncer para la República, cayó en la debilidad de « ofrecerle confidencialmente emplear lo poco que valía como hombre privado en apoyar el proyecto de que se fijasen los límites del Ecuador en el Guáitara hasta su desagüe en el Patía y de allí por éste hasta la costa, mediante justas indemnizaciones, y bajo el supuesto de que la negociación no había de celebrarse hasta que la provincia de Pasto estuviese perfectamente tranquila, y por consiguiente las tropas del Ecuador hubiesen repasado el Carchi\* ». Oficialmente dijo al Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador en la nota de 19 de Agosto, de que atrás copiamos algunas frases :

Por último, voy á hablar á V. S. de un punto en que nada puedo hacer, pero que, habiendo dado motivo para que se compliquen las relaciones de estas dos Repúblicas, no debo desentenderme de él; hablo de la cuestión de límites entre las dos Repúblicas. Algunos ecuatorianos y algunos granadinos traidores emigrados en el Ecuador han suministrado al cabecilla Noguera muchos elementos de guerra, y han trabajado infatigablemente para sostener y engrosar la facción, para obtener por medio de ésta la incorporación de la provincia de Pasto ó de una parte

\* Véase en el Epistolario la carta del general Herrán de 17 de Noviembre de 1840.

de su territorio al Ecuador. Tal conducta ha causado una justa alarma en la Nueva Granada, porque se ha creído ofendido el honor nacional y se ha visto con pena que en países civilizados haya quien se valga de la barbarie y el fanatismo para un objeto nacional, en circunstancias en que iniciada amigablemente la cuestión, eran más reprobadas y perjudiciales las vías de hecho, por cuanto embarazaban á los dos gobiernos para ejercer sus facultades constitucionales en obsequio del bienestar de uno y otro pueblo. Como sincero amigo del Ecuador, voy á manifestar á V. S. mi opinión particular en este negocio, sin que se entienda que entro en compromiso alguno, ni comprometo á mi Gobierno. Mientras el gobierno y pueblo granadino crean que el honor nacional exija que se sostengan los límites de la República, no cederán un palmo de terreno, aunque esté de por medio la conveniencia de ambos pueblos, y aunque nos sobrevengan mayores males de los que ahora sufrimos; pero si se logra restablecer el orden público en la provincia de Pasto, no se fijará la Nación en poseer algunas leguas más ó menos de territorio, y atenderá de preferencia á la conveniencia de los dos países. Si á eso se agrega que el pueblo ecuatoriano contribuya á destruir la abominable facción que acaudillan Obando y Noguera, la Nueva Granada será tanto más favorable á las pretensiones del Ecuador cuanto haya sido mayor su ayuda para destruir la facción, como que entonces el honor nacional y la conveniencia de las dos repúblicas están de acuerdo. Se presenta pues una oportunidad en que ambas pueden ayudarse y contribuir á su bienestar mutuamente, y por

resultado se tendrán nuevos y más fuertes vínculos de amistad.

No he tenido inconveniente en manifestar á V. S. mi opinión oficialmente: con ella nada digo á nombre de mi Gobierno; pero puede dar á V. S. una idea del modo de ver la cuestión que tenemos algunos granadinos\*.

Mosquera hizo también por su parte privadamente á Flores en una entrevista que con él tuvo en Ibarra las mismas promesas de Herrán con respecto á límites.

Flores pasó el Carchi el 18 de Septiembre con mil ochenta y siete hombres, y poco después le siguió otra división de mil plazas. Por el convenio de 23 de Septiembre celebrado en Túquerres entre el general Mosquera, segundo jefe del ejército granadino, á nombre de Herrán, y por el general Leonardo Stagg, á nombre de Flores, se fijaron las reglas que debían seguirse en las fuerzas coligadas para el pago de sueldos, para la división del servicio y para los honores de los jefes.

Bien examinados los convenios á la luz de los hechos que les antecedieron y siguieron, significaron, dice el Doctor Cuervo, menos el auxilio de un amigo que la cesación de hostilidades por parte de un enemigo. En una palabra, aquello fue *una capi-*

\* Esta comunicación es el primero de los documentos que publicó el Gobierno del Ecuador en el folleto titulado *Auxilios del Ecuador solicitados para Pasto*.

*itulación entre enemigos más bien que una alianza entre amigos.* « A la aparición del general Flores en Pasto, » continúa el Doctor Cuervo, « cambió repentinamente el aspecto de las cosas : Ramón Díaz, aquel mismo que había conducido de Ibarra los fusiles y otros elementos de guerra, se separó con su tropa de Obando, con quien aparentemente estaba unido, y se puso á las órdenes del Jefe ecuatoriano. Otro tanto intentó hacer Andrés Noguera, pero descubierto su plan, fue fusilado con dos de los suyos por órdenes de Obando. La desmoralización y el descontento penetraron, como era natural, en las filas de éste, y abandonado por los que equivocadamente creía que de buena fe se le habían unido después de la fuga de la prisión, se halló comprometido á resistir con poco más de cien hombres á las fuerzas combinadas de los dos Estados. Bastó una sola partida de los granadinos para destrozarle en poco tiempo en el paraje de Huilquipamba (30 de Septiembre), obligándole á buscar su salvación en la espesura de los montes. El resto de sus camaradas existente en Chaguarbamba, amilanado con defecciones tan inesperadas y con la rota de su caudillo, se rindió en seguida, entregando las armas bajo la promesa que se les hizo de perdonarles las vidas. La provincia de Pasto quedó así pacificada en menos tiempo quizá del que es necesario para recorrerla. »

El mantenimiento del orden y tranquilidad quedó confiado á una división ecuatoriana mientras los generales Herrán y Mosquera iban al interior grave-

mente amenazado; y no tardó mucho en palpase cuán peligroso es meter á un extraño en la propia casa, pues en Noviembre intimó el Presidente del Ecuador al cónsul de la Nueva Granada en Quito que si la revolución volvía á avivarse, « las tropas ecuatorianas conservarían precisamente sus posiciones\* ».

Volvamos un poco atrás para explicar los acontecimientos, que exigieron la inmediata vuelta de nuestros generales al interior. Los enemigos del gobierno de Márquez, que en un principio se habían contentado con la oposición periodística y parlamentaria, viendo á Obando, su caudillo militar, lanzado en una guerra de defensa personal, sin pararse en escrúpulos, hicieron suya la causa de éste y extendieron por toda la República la revolución que con él habían tramado en Bogotá para el caso de que Herrán fuese vencido, olvidándose muchos de que habían ofrecido apoyo entusiasta al Gobierno para ahogar los primeros movimientos de Pasto, y quebrantando otros con infame deslealtad el juramento que hicieron al aceptar de él empleos de confianza. Desde Febrero de 1840 hubo amagos de revolución en Vélez, que deshechos fácilmente entonces, se reprodujeron en Junio; en Septiembre se pronuncia Sogamoso, y Juan José Reyes Patria toma á Tunja; el Socorro, levantado por José González, declara su soberanía; en Octubre toma Carmona posesión de Santa Marta; Cartagena se alza nombrando por jefe

*Gaceta de la Nueva Granada, núm. 484.*

militar del nuevo estado soberano á Juan A. Gutiérrez de Piñeres; Mompós constituye un gobierno provisional; Salvador Córdoba se apodera de Medellín. A estos movimientos se agregaron los de Casanare y Panamá. Fácilmente entenderá la brevedad con que creció este incendio, quien considere que casualmente concurren en su odio contra el Gobierno los frailes indómitos de Pasto y los fanáticos y feroces guerrilleros de Noguera, los masones y libres pensadores de las ciudades, unos cuantos militares autoritarios enemigos del poder civil y los demagogos nunca satisfechos con libertad que otra da. Elementos tan heterogéneos sólo pudieron amalgamarse proclamando un gobierno federal; y así esta revolución en apariencia formidable entrañaba el germen de su propia ruina, pues eran tantos los jefes supremos y los aspirantes á los gobiernos seccionales, que ni hubo unidad en los movimientos militares ni más móvil común entre los caudillos que la ambición personal. Sin la tenacidad de los guerrilleros de Pasto y el temor de complicaciones con el Ecuador, la insurrección se sofocara en su cuna.

Mientras las mejores fuerzas del Gobierno estaban en el Sur, fueron vencidas en la Polonia (29 de Septiembre de 1840) por los rebeldes del Socorro las que habían salido á oponérseles comandadas por el coronel Manuel María Franco. Al saberse este desastre en Bogotá fue tal el desconcierto, que el Gobierno estuvo á pique de disolverse. El Consejo de Estado después de una deliberación de siete

horas halló como la medida más conveniente el que partiese sin dilación (10 de Octubre) el Presidente Márquez en busca de las fuerzas de Herrán y Mosquera, encargándose mientras tanto del Poder Ejecutivo el general Caicedo, vicepresidente. Al tomar esta determinación se pensó en que el último podría parlamentar con los facciosos, lo que era imposible á Márquez, y ganar tiempo entreteniéndolos, mientras venía socorro del Sur, y además en que, para el caso de un desastre, de todos modos quedaba en pie la legitimidad, una vez que el Presidente estaba á salvo\*. En la capital no había sino veinticinco veteranos; los revolucionarios consideraban seguro é inmediato su triunfo, se desvergonzaban en los impresos, pedían cabezas por las calles y pretendían que se les entregara el mando. En esto llega el coronel Juan José Neira con seis húsares, amilana con sus miradas de fuego á los revolucionarios que se pavoneaban por las calles, excita el espíritu público, llama á las armas, sale al encuentro del enemigo, que lleno de arrogancia avanzaba sobre Bogotá, y lo deshace el 28 de Octubre en los campos de Buenavista. Por desgracia, herido gravemente, no pudo

\* La narración de este hecho, no bien conocido, la fundamos en carta de Aranzazu escrita en esos días y que publicamos en el epistolario, en la *Exposición* dada á luz por el doctor Eladio Urisarri en 1841, en un artículo publicado en el *Día* de 22 de Abril de 1848 bajo el título de *Al autor del artículo « Opinión de un artesano » etc.*, y escrito por persona al parecer bien impuesta, y además en lo que nosotros mismos oímos de boca del señor Márquez.

coger el fruto de la victoria ; el enemigo logró rehacerse en las provincias del Norte, reuniéndose á las fuerzas llaneras de Francisco Farfán, y avanzó de nuevo hasta Cipaquirá. Para excitar el entusiasmo de la población se había aguijoneado hábilmente el espíritu de provincialismo despertando los recuerdos de las antiguas contiendas entre socorranos y santafereños los años de 1812 y 1813 ; y en consecuencia ahora como entonces se tomó por patrono á Jesús Nazareno, se sacó en pomposas procesiones la devota imagen que se venera en la iglesia de augustinos calzados, y su monograma servía de distintivo á los defensores de la ciudad. El ardor cívico y religioso de los bogotanos creció al ver tan cerca al enemigo, y resolvieron defenderse á todo trance : viejos y niños, ricos y pobres, damas, venteras, placeras, todos acudieron á poner la plaza en estado de defensa : unos abrían fosos, otros alzaban trincheras y parapetos y otros trasladaban el parque al recinto fortificado. En estos momentos llega á Bogotá el Presidente Márquez (21 de Noviembre) precediendo á la vanguardia del ejército, y en sabiéndolo se repliegan los enemigos. Los bogotanos, con razón orgullosos de su entusiasmo, llamaron *la gran semana* á estos días en que tan de cerca se siguieron el peligro y la seguridad. Entonces tuvo principio la campaña del Norte, que se coronó con la derrota dada por Herrán y Mosquera á González y Farfán en Aratoca (9 de Enero de 1841) y con la victoria alcanzada por Mosquera sobre Carmona en Tescua (1.º de Abril).

Las provincias de la Costa Atlántica quedaron pacificadas á consecuencia de la toma de Ocaña por Herrán (9 de Septiembre).